

Sección

“Jubileo de la Esperanza”

El Santo Padre Francisco convocó al Jubileo de la Esperanza, a través de la Bula *Spes non confundit*, invitándonos a peregrinar junto a Cristo en la historia. Desde *Filópolis en Cristo*, nos hacemos eco del llamado del Papa, acogiendo en nuestras páginas las palabras pronunciadas por Carlos Alberto Sacheri en el Vº Congreso del “Oficio Internacional de obras de formación cívica y acción cultural según el derecho natural y cristiano”, que tuvo lugar en Lausanne, Suiza, del 5 al 7 de abril de 1968. En esa ocasión el autor fue invitado a presidir una de las sesiones plenarias, la que abriera con esta disertación sobre la Esperanza, que entendemos no ha perdido actualidad y que, por ello, compartimos con los lectores.

“Esperanza cristiana y mesianismos temporales”

Carlos Alberto Sacheri

...Con relación al tema de la presente sesión “Vaticano II y el sentido de la historia”, quisiera atraer vuestra atención sobre un aspecto de la realidad contemporánea, que sin duda alguna está presente en el espíritu de todos, pero cuya importancia es tal que nos vemos precisados de volver a él constantemente, para profundizarlo en sus múltiples aspectos. Tal aspecto puede resumirse en pocas palabras: nosotros asistimos actualmente al intento más formidable por aniquilar la virtud teologal de la esperanza en la conciencia de los hombres.

Hace ya algunos años, Jean Madiran subrayaba este problema con relación al pensamiento marxista (Cf. Madiran, J., “La pratique de la Dialectique”, en *Itinéraires*, n. 52); hoy constatamos análogamente que dicha ofensiva constituye algo así como un común denominador de la mayoría de las corrientes filosóficas contemporáneas. Pero el problema subsiste: ¿por qué atacar tan encarnizadamente a la que Péguy llama “la niña esperanza”? ¿Qué hay en esta virtud sobrenatural para herir tan vivamente a la Revolución Moderna?

La explicación reside en que la esperanza –como también la fe– dice relación a algo profundamente humano. A diferencia de la caridad, la cual considera al hombre en la perspectiva de su bien sobrenatural (y es por esta razón que permanecerá eternamente en nosotros), la esperanza contempla al hombre en su condición propia, que es la de un ser inacabado –*homo viator*– itinerante, siempre en tren de alcanzar su fin, siempre preocupado por su fin.

Ahora bien, el objeto mismo de la esperanza sobrepasa al hombre y lo superará siempre, puesto que tal objeto no es otro que Dios mismo aprehendido en la lumbre del acto de fe, en su carácter de soberano bien nuestro y de nuestra eterna bienaventuranza. San Pablo lo expresa diciendo: *Tenemos una esperanza que nos hace penetrar hasta el interior de lo velado.*

En la maravillosa arquitectura de la vida sobrenatural las tres virtudes infusas se ordenan las unas a las otras de tal manera que la fe se encuentra en el principio mismo de la esperanza, pues ¿cómo se podría esperar contemplar un día a Dios *tal cual es*, sin previamente creer en Él y en su Palabra? Análogamente, la esperanza está presupuesta en todo acto de caridad, por cuanto sería imposible amar realmente a ese Dios infinito, sin confiar en su auxilio: *Mi gracia te basta.*

No debemos, pues, buscar más lejos la raíz de tantas prostituciones contemporáneas del amor cristiano. En estos tiempos de “homofilia”, de insipidez y decadencia universales, presenciamos cómo se despoja a la fe y a la esperanza de su contenido sobrenatural. La fe en Dios se ha convertido en “fe en el hombre” (somos así más “frater-nos” y hasta “camaradas”). La esperanza del Cielo ha derivado hacia los “paraísos terrestres”. En otras palabras, es el enloquecimiento de las virtudes cristianas del cual habló Chesterton. Así, la caridad, una

vez despojada de sus coordenadas, queda rápidamente reducida a un mero “humanitarismo” que constituye la más grave falsificación de la caridad y del Cristianismo mismo, del cual aquella constituye el núcleo esencial.

Pero nuestros pequeños revolucionarios, habiendo aprendido la lección, a saber, que no se destruye verdaderamente sino aquello que se logra reemplazar, se apresuraron a encandilar nuestros ojos de cristianos ingenuos con otras esperanzas de nuevos destinos.

Y el mundo moderno haya visto desarrollarse así las diferentes formas de mesianismo temporal, la diversidad de los nuevos mitos: Razón, Estado, Nación, Proletariado, Soberanía Popular, Raza, Libertad, Igualdad, Progreso, Opinión Pública, Técnica, Socialización, Pleromisación, etc., etc. Y sin embargo, le fue dicho a Moisés: *No adorarás la obra de tus manos...* Fue menester inundarnos de criaturas, para lograr destruir en nosotros la imagen del Creador.

Procediendo de esta suerte, los filósofos modernos cayeron unos tras otros, en uno de los dos pecados contra la esperanza, según enseña Santo Tomás. El primero es el pecado de la *presunción* u *orgullo*, el segundo, la *desesperación*. La presunción, uno de los pecados contra el Espíritu Santo, consiste en que el hombre se apoya en el poder divino para alcanzar lo que contradice a Dios o bien en el hecho de exagerar los valores del propio sujeto. Este pecado implica, pues, la aversión del Bien inmutable y una conversión a los bienes percederos (*Suma Teológica*, II-II, q. 21, a. 1, 3m). Mientras que la desesperación consiste en que el hombre no espera participar personalmente de las perfecciones divinas.

Precisamente, cuando examinamos bajo esta luz las distintas corrientes de la filosofía moderna, qué es lo que descubrimos? Las muestras más acabadas de la presunción y del orgullo. ¿Cómo calificar sino el intento cartesiano y positivista de conocerlo todo mediante el nuevo método universal? ¿Y el “deber” kantiano, erigido en única norma de moralidad? ¿Con qué nombre designar el Espíritu Absoluto de Hegel, que confiere a las cosas su existencia, por el sólo hecho de pensarlas? Feuerbach, por su parte, califica su propio sistema de “antropoteísmo” y Marx declara enfáticamente que “el hombre es el ser supremo para el hombre”, mientras Nietzsche piensa: “Si hubie-

ra dioses, ¿cómo podría yo soportar no ser Dios? Por lo tanto, Dios no existe”. Y el querido Teilhard, que nos instala gratuitamente en el comfortable tranvía de la evolución pleromisante, el cual nos conducirá directamente al Hacia-Adelante... ¡Con cuánta razón afirmaba el historiador protestante Ernst Cassirer que desde el Renacimiento la filosofía moderna no había hecho otra cosa que atribuir progresivamente al hombre todas las perfecciones que la teología cristiana predicaba de Dios!

Si, por otra parte, volvemos nuestra mirada hacia las diversas formas del pesimismo y la pusilanimidad, ¿qué nombres cabría atribuir a las corrientes relativistas, al historicismo, a las filosofías del devenir, al psicoanálisis freudiano, al subjetivismo axiológico, a la ética de la situación, todas las cuales niegan al hombre el acceso a las verdades “absolutas”? Digno representante de tal actitud es Jean-Paul Sartre quien ha definido al hombre como “una pasión inútil”... (Sea dicho al pasar, ¿por qué malgastar tanta pasión si la vida humana es tan inútil?). En una palabra, son filosofías de la desesperación, del absurdo, y por lo tanto, de la nada. En un sentido análogo, cabe recordar lo que el admirable apóstol del norte africano, Carlos de Foucauld, confiaba a un amigo: “Cuando comencé mi ministerio creía que debería basar mi predicación en la humildad y la paciencia. Jamás sospeché que tendría que exhortar sobre todo la dignidad y el coraje”...

Dentro del panorama así esbozado, la palma le corresponde al neomodernismo progresista, ya que ha logrado sintetizar ambos pecados en una misma doctrina. Por una parte, el progresismo vacía los dogmas de toda su sustancia, exigiendo nuevas fórmulas, todas ellas provisorias, bajo pretexto de adaptación, de superación, de renovación. Por otra parte, nos promete nada menos que salvar a la Iglesia (no a todos, sobre todo no a nosotros) convirtiéndola al Mundo.

Lo menos que puede decirse a su respecto es que tales amateurs de novedades –y aún más, de “novelerías”– se equivocan groseramente, como la mayor parte de los amateurs. Su orgullo ilimitado, negación de la esperanza cristiana, resulta tan antiguo como el mismo Adán. ¿No es acaso refiriéndose a nuestro ilustre antecesor que el ya citado

Péguy hablaba “del más antiguo error de la humanidad”, consistente en creer que jamás se ha visto nada tan bello, tan perfecto ni tan sutil hasta la fecha? La estupidez, *stultitia* progresista –el calificativo es más bien modesto– consiste en no ver que lo que buscan tan ciega como desesperadamente, Cristo nos lo había prometido hace ya mucho tiempo. En efecto, ¿qué “superación” más sublime que la visión de Dios, cara a cara? ¿Qué “progreso”, qué “evolución” más elevadas que el participar desde ahora de la vida divina, por la Gracia santificante? La verdadera Ciencia del Bien y del Mal, ¿es acaso otra que la sabiduría de Cristo? ¿Qué felicidad superior a la vida virtuosa? ¿Qué orden social más armonioso que la “ciudad católica”, respetuosa de Dios y de la ley natural...? Debe reconocerse al menos, que han incurrido en cierta precipitación.

A todas estas divagaciones, a estos espejismos, la conciencia cristiana opone y opondrá siempre un NO simple y radical. Rechazamos “los mañanas que cantan” pues se transformarán en gemidos y chirriar de dientes; rechazamos la “sociedad sin clases”, que no hace sino encubrir una nueva maquinaria del despotismo totalitario y tecnocrático y, sobre todo, rechazaremos siempre el creer que es la Iglesia la que debe intentar salvarse a sí misma convirtiéndose al Mundo, pues hemos aprendido en nuestro modesto catecismo de infancia que sólo la Iglesia tiene palabras de vida eterna. Responderemos siempre a ese mundo enceguecido y atormentado con las palabras de Bernanos: “No, no es con nuestra angustia y nuestro temor que odiamos al mundo; lo odiamos con toda nuestra esperanza”.

El cristiano, animado por la esperanza sobrenatural, se halla situado más allá de todo optimismo fácil y de todo pesimismo desalentador. Sabemos que nuestra vida es una misteriosa combinación de Pasión y de Resurrección, y nos decimos en voz alta, en este “año de la fe” que es también el de nuestra esperanza, con Job –pues Job y el Apocalipsis son las lecturas para los tiempos de tribulación–: *Sé que mi Redentor vive y es por esto que resucitaré de la tierra el último día; esta esperanza reposa en mi seno*. Pese a nuestra condición de peregrinos, *viatores*, itinerantes, disfrutamos desde ahora la alegría de nuestro destino último. *Spe gaudentes*, dice el Apóstol: *Poseed la*

alegría que da la esperanza. Pidamos pues, a Nuestra Señora de la Santa Esperanza la insigne gracia de nuestra mutua conversión, condición indispensable de una verdadera restauración de la inteligencia cristiana y de un sano orden social.